

En círculos vuestra edad  
Os vá haciendo la corona,  
Y en luceros que eslabona  
Para la mayor grandeza,  
Corona vuestra cabeza  
En el solio de la esfera,  
Porque ella sólo pudiera  
Coronar vuestra belleza.

Yo, pues, que dichosa veo  
La edad, que adorar no excuso,  
Por no medirla, rehusó  
Aún medirla á mi deseo;  
Deidad os miro, y os creo,  
Y así vuestra duracion,  
No la mido á mi intencion,  
Porque deseo que en todo  
Vivais allá á vuestro modo,  
Y no á mi limitacion.

## ROMANCE

Salud y gracia, sepades,  
Señor, que estas damiseías,  
Que dan con el imposible  
Mejor garbo á la belleza;  
Por no olvidar tan del todo,  
Ceremonias palaciegas,  
Entendidos desahogos  
De cortesanas empresas,  
Donde el amor y el recato  
Se avienen con tal decencia,  
Que pasando á ser cariño  
No dejan de ser decencia,  
Ó porque este año nuevo  
Las pusiese como nuevas,  
Y salir de veinticinco,  
Aunque salgamos de ochenta ;  
Que ya sabeis que componen  
En la aritmética nuestra,  
Rendimientos, y no días  
Los años de la belleza.  
Ó porque el favor, que vive  
Del desden en la aspereza  
Atado, un día en el año  
Tenga una poca de suelta.

Ó porque la voluntad,  
Saliendo del ocio, pueda  
Con un poco de ejercicio  
Legitimarse potencias;  
Quisieron sacar galanes,  
En que cada Vénus tenga  
A quien amar como Adónis,  
Quien como Marte la quiera.  
Más porque no pareciese  
Que pasaba esta licencia  
A profanar del recato  
Las leyes siempre severas,  
Ó que de la voluntad,  
Por razon ó por estrella,  
Se inclinaba aquella esquiva  
Soberana indiferencia,  
Y que de la dameraia  
Se ajaban las preeminencias,  
Que en México tambien hay  
Su poquito de etiqueta,  
Sometieron á la suerte,  
Que compromisaria recta  
A cada dama le diese  
Amante, quiera ó no quiera.  
Y ella que árbitro se vió  
Y dueña de tanta exenta  
Libertad, que aún del amor  
Ignora la dulce fuerza,  
Echó por esos galanes,  
Y viendo sus gentilezas  
Y que eran todos sin peros,

Escogidos, como en peras,  
Dijo : salga el que saliere,  
Pues á la dama más bella  
Aunque cualquiera la salga,  
La habrá de salir cualquiera.  
Empezó á sacar las suertes,  
Con tal ajuste y destreza,  
Que hizo entónces el acaso.  
Más que la eleccion pudiera  
A don Juan salió Matilde,  
Cuyas dulces niñas bellas  
Son acreedoras de amor  
De las más doradas flechas.  
A don Miguel, Amarilis,  
Beldad en cuya cadena  
En dulce esclavitud gimen  
Tantas libertades presas.  
A don Cárlos salió Julia,  
Para que en mejor esfera  
Sepa nuestra astrología  
Que se incluye en dos estrellas.  
Silvia, á Guevara ; con cuya  
Belleza, donaire y prendas,  
Es un desairado el garbo,  
La discrecion una necia.  
A don Luis le cupo Lisi ;  
A don Alonso, Marcela ;  
A don Teobaldo, Felisa,  
Y á don Manuel, salió Celia.  
Y á vos, por el más galán,  
Dicho en paz de todos sea,

Pues no es bien llegue á los hombres  
La mujeril competencia.  
Os cupo, claro se estaba,  
Lo peor, que es cosa cierta,  
Que no se aviene fortuna  
Jamás con naturaleza ;  
Antes, enemiga siempre  
Y á su dictámen opuesta,  
Lo que ella desdeña, ampara ;  
Lo que ella ampara, desdeña.  
Yo pienso que lo hace adrede,  
Y no acaso, como piensan,  
Y que tiene en hacer mal  
Su poquita de advertencia.  
Pues, al uso de las lindas,  
Anda forjando soberbia  
De méritos ultrajados  
Los triunfos de su grandeza.  
Ella es Faláris de gustos,  
Ella es Nerona de haciendas,  
Que hace de abrasadas Romas  
Luminarias en sus fiestas.  
Más no quiero murmurarla,  
Que no es razón que se entienda,  
Que á quien debo un beneficio  
Le pago con una ofensa.  
En la suerte, en fin, Señor,  
Ella, como siempre ciega,  
Por serme á mí favorable,  
Anduvo con vos adversa.  
Salieron parecidas

Las suertes, de esta manera,  
La vuestra, como mi cara,  
La mía, como la vuestra.  
No os ofendió en esto nada,  
Pero ántes dispuso cuerda,  
Que á vista de un mal empleo  
Resalten más vuestras prendas.  
No fuera el sol tan lucido,  
Si á su dorada madeja  
Tal vez por negras lazadas  
No adornaran nubes densas.  
No ostentara el monte altivo  
Su robusta corpulencia,  
Si la bajeza del valle  
No adorara su grandeza.  
No saliera tan hermosa  
La aurora vertiendo perlas,  
Si no avivaran las luces  
Los léjos de las tinieblas.  
No campara de florida  
Lozana la primavera,  
Si no viniera el estío  
Pisando sus verdes huellas.  
No presumiera en el prado  
De cándida la azucena,  
Si no la hiciera lucir  
Lo oscuro de la violeta.  
No fuera del fuego tanta  
La ferocidad hambrienta,  
Si la oposicion del frío  
No esforzara su violencia.

Tened, pues, conformidad  
Con lo que la suerte ordena,  
Si os da lo que mereceis  
Dándoos á quien no os merezca.  
Pues, para daros ejemplo,  
La tienen, sin resistencia,  
Sol, primavera y aurora,  
Fuego, monte y azucena.  
Ella, en fin, quiso, comparando  
Mi gloria con vuestra pena,  
Que vuestro mérito baje  
Porque suba mi baja.  
Y yo, por el beneficio  
En debida recompensa,  
Ofrecí en sus sacras aras  
Un secretario de cera.  
Ofrecí más, en memoria  
Del año feliz que empieza,  
Los que se siguen, volver  
A contarlos por las eras.  
De las suertes, la memoria,  
Sumariamente, es aquesta,  
Si fortuna os la dió mala  
Dios os la depare buena.

## ROMANCE

Grande duquesa de Aveyro,  
Cuyas soberanas partes  
Informa cabado el bronce,  
Publica esculpido el jaspe.  
Alto honor de Portugal,  
Pues le dan mayor realce  
Vuestras prendas generosas  
Que no sus quinas reales.  
Vos, que esmaltais de valor  
El oro de vuestra sangre,  
Y siendo tan fino el oro,  
Son mejores los esmaltes.  
Vénus del mar lusitano,  
Digna de ser bella madre  
De amor, más que la que á Chipre  
Debió cuna de cristales.  
Gran Minerva de Lisboa,  
Mejor que la que triunfante  
De Neptuno, impuso á Aténas  
Sus insignias literales.  
Digna sólo de obtener  
El áureo pomo flamante  
Que dió á Vénus tantas glorias  
Como infortunios á Páris.

Cifra de las nueve Musas  
Cuya pluma es admirable  
Arcaduz, por quien respiran  
Sus nueve acentos suaves.  
Claro honor de las mujeres,  
De los hombres docto ultraje,  
Que probais que no es el sexo  
De la inteligencia parte.  
Primogénita de Apolo  
Que de sus rayos solares  
Gozando las plenitudes  
Mostrais las actividades.  
Presidenta del Parnaso,  
Cuyos medidos compases  
Hacen señal á las Musas  
Á que entonen ó que pausen.  
Clara sibila española  
Más docta y más elegante  
Que las que en diversas tierras  
Veneraron las edades.  
Alto asunto de la fama  
Para quien hace, que afanes  
Del martillo de Vulcano  
Nuevos clarines os labren.  
Oid una musa que  
Desde donde fulminante  
A la Tórrida dá el sol  
Rayos perpendiculares,  
Al eco de vuestro nombre,  
Que llega á lo más distante,  
Medias silabas responde

Desde sus concavidades,  
Y al imán de vuestras prendas,  
Que lo más remoto atrae,  
Con amorosa violencia  
Obedece acero fácil.  
Desde la América enciendo  
Aromas á vuestra imágen,  
Y en este apartado polo  
Templo os erijo y altares.  
Desinteresada os busco,  
Que el afecto que os aplaude,  
Es aplauso á lo entendido  
Y no lisonja á lo grande.  
Porque, ¿para qué, Señora,  
En distancia tan notable  
Habrán vuestras altiveces  
Menester mis humildades?  
Yo no he menester de vos  
Que vuestro favor me alcance  
Favores en el consejo,  
Ni amparo en los tribunales.  
Ni que acomodeis mis deudos,  
Ni que ampareis mi linaje,  
Ni que mi alimento sean  
Vuestras liberalidades.  
Que yo, Señora, nací  
En la América abundante,  
Compatriota del oro,  
Paisana de los metales.  
Adonde el comun sustento  
Se da casi tan de balde.

Que en ninguna parte más  
Se ostenta la tierra madre.  
De la comun maldicion  
Libre parece que nacen  
Sus hijos, segun el pan  
No cuesta al sudor afanes.  
Europa mejor lo diga,  
Pues ha tanto que insaciable  
De sus abundantes venas  
Desangra los minerales,  
Y á cuántos el dulce Lotos  
De sus riquezas les hace  
Olvidar los propios nidos,  
Despreciar los pátrios lares.  
Pues entre cuantos la han visto  
Se ve con claras señales,  
Voluntad en los que quedan  
Y violencia en los que parten.  
Demás, de que en el estado  
Que Dios fué servido darme,  
Sus riquezas solamente  
Sirven para despreciarse,  
Que para volar segura  
De la religion la nave,  
Ha de ser la carga poca,  
Y muy crecido el velámen,  
Porque si algun contrapeso,  
Pide para asegurarse,  
De humildad, no de riquezas  
Ha menester hacer lastre.  
Pues ¿de qué cargar sirviera

De riquezas temporales,  
Si en llegando la tormenta  
Era preciso alijarse?  
Conque por cualquiera de estas  
Razones, pues es bastante  
Cualquiera, estoy de pedirlos.  
Inhibida por dos partes.  
¿Pero adónde de mi patria  
La dulce aficion me hace  
Remontarme del asunto  
Y del intento alejarme?  
Vuelva otra vez, gran Señora,  
El discurso á recobrase,  
Y del hilo del discurso  
Los dos rotos cabos ate.  
Digo, pues, que no es mi intento,  
Señora, más que postrarme  
A vuestras plantas, que beso  
Apesar de tantos mares.  
La siempre divina Lisi,  
Aquella en cuyo semblante,  
Rie el día, que oscurece  
A los días naturales,  
Mi señora la condesa  
De Parédes; aquí calle  
Mi voz, que dicho su nombre  
No hay alabanzas capaces.  
Esta, pues, cuyos favores  
Grabados en el diamante  
Del alma, como su efigie,  
Vivirán en mí inmortales;

Me dilató las noticias  
Ya ántes dadas de los padres  
Misioneros, que pregonan  
Vuestras cristianas piedades  
Publicando como soís  
Quien con celo infatigable  
Solicita que los triunfos  
De nuestra fé se dilaten.  
Esta, pues, que sobre bella,  
Ya sabeis que en su lenguaje  
Vierte flores Amaltea,  
Y destila amor panales;  
Me informó de vuestras prendas  
Cómo son, y cómo sabe,  
Siendo sólo tanto Homero  
A tanto Aquiles bastante.  
Sólo en su boca el asunto  
Pudiera desempeñarse,  
Que de un ángel sólo puede  
Ser el cronista otro ángel.  
A la vuestra, su hermosura  
Alaba, porque envidiarse  
Se concede en las bellezas,  
Y desdice en las deidades.  
Yo, pues, con esto movida  
De un impulso dominante,  
De resistir imposible,  
Y de ejecutar no fácil;  
Con pluma en tinta, no en cera,  
En alas de papel frágil  
Las ondas del mar no temo,

Las pompas piso del aire,  
Y venciendo la distancia,  
Porque suele á lo más grave,  
La gloria de un pensamiento  
Dar dotes de agilidades,  
A la dichosa region  
Llego, donde las señales  
De vuestras plantas me avisan  
Que allí mis labios estampe.  
Aquí estoy á vuestros piés,  
Por medio de estos cobardes  
Rasgos, que son podatarios  
Del afecto que en mí arde.  
De nada puedo serviros,  
Señora, porque soy nadie,  
Más quizá por aplaudiros  
Podré aspirar á ser álguien.  
Hacedme tan señalado  
Favor, que de aquí adelante  
Pueda de vuestros criados  
En el número contarme.

## SONETO

¿Qué es esto, Alcino, cómo tu cordura  
Se deja así vencer de un mal celoso,  
Haciendo con extremos de furioso  
Demostraciones más que de locura?

¿En qué te ofendió, Celia? si se apura,  
¿Ó porqué al amor culpas de engañoso,  
Si no aseguró nunca poderoso  
La eterna posesion de su hermosura?

La posesion de cosas temporales,  
Temporal es, Alcino, y es abuso  
El querer conservarlas siempre iguales.

Con que tu error ó tu ignorancia acuso,  
Pues Fortuna y Amor, de cosas tales  
La propiedad no han dado, sino el uso.

## SONETO

Yo no dudo. Lisarda, que te quiero,  
Aunque sé que me tienes agraviado;  
Más estoy tan amante y tan airado,  
Que afectos que distingo no prefiero.

De ver que odio y amor te tengo, infiero,  
Que ninguno estar puede en sumo grado,  
Pues no le puede el odio haber ganado  
Sin haberle perdido amor primero.

Y si piensas que el alma que te quise  
Ha de estar siempre á tu aficion ligada,  
De tu satisfaccion vana te aviso;

Pues si el amor al odio ha dado entrada,  
El que bajó de sumo á ser remiso,  
De lo remiso pasará á ser nada.



## SONETO

EN LA MUERTE DE LA MARQUESA DE MANCERA

Mueran contigo, Laura, pues moriste,  
Los afectos que en vano te desean,  
Los ojos á quien privas de que vean  
La hermosa luz que á un tiempo concediste.

Muera mi lira infausta en que influiste  
Ecos que lamentables te vocean,  
Y hasta estos rasgos mal formados sean  
Lágrimas negras de mi pluma triste.

Muévase á compasion la misma muerte  
Que precisa no pudo perdonarte,  
Y lamente el amor su amarga suerte;

Pues si ántes, ambicioso de gozarte,  
Deseó tener ojos para verte,  
Ya le sirvieran sólo de llorarte.

## DÉCIMAS

Los buenos dias me allano  
A que os dé un reloj, señor,  
Por que fué lo que mi amor  
Acaso halló más á mano;  
Corto es el don, mas ufano  
De que sirve á tus auroras,  
Admítele, pues no ignoras  
Que mal las caricias mias  
Te pudieran dar los dias  
Sin dar primero las horas.

Raro es del arte portento  
En que su poder más luce,  
Que á breve espacio reduce  
El celestial movimiento,  
E imitando al sol, atento  
Mide su veloz carrera,  
Con que, si se considera,  
Pudiera mi obligacion  
Remitirte mayor don  
Más no de mejor esfera.

No tiene sonido en nada,  
Que fuera accion indecente